

CRÓNICA		RESEÑAS
<p>Internet y de McDonald's es una franja homogénea que recorre el planeta.</p> <p>No obstante, aunque no hay mención explícita a una realidad política colombiana, las emociones y experiencias vitales de los protagonistas están atrincheradas, sofocadas. Nos encontramos frente a una literatura de emergencia. Las circunstancias de lo que está pasando en el <i>afuera</i> de los individuos recreados por Fernández (el conflicto armado, por ejemplo) son ruidos de fondo, casi imperceptibles pero muy poderosos. Como un zumbido incesante de balas en el aire, la desazón de los protagonistas de <i>El siguiente, por favor</i> no tiene tregua. Aquí la rebeldía no es aparente y la respuesta común es el hastío. Ya no es una generación politizada en el estricto sentido partidista: han visto y sentido violencia de sobra en el entorno y no se dan el lujo de alimentar demasiadas esperanzas. Y así viven, y así los plasma Íos Fernández en sus cuentos. La cotidianidad consiste en “levantarse y volver a empezar, e introducirse en esa mortuoria rutina de ir y venir, lenta e idiota, en que se convierte la vida” (pág. 60), como la describe Adrián, el protagonista del cuento de la segunda parte “Tan triste como bella”.</p>  <p>Al final del libro el autor escribe un epílogo en el que nos explica por qué escribe, y comenta: “He dicho siempre que escribo un poco como hablo, que empecé a escribir las mismas historias que solía contarles a un grupo [...] historias burdas, exageradas, deliberadamente falsas, historias para impresionar, para marcar la raya” (pág. 127). Y bueno, es verdad.</p> <p>Posdata: hay que anotar que en esta publicación de Editorial Babilonia las labores de edición y corrección son deficientes, lo que no le ayuda para nada</p>	<p>a un escritor que se está lanzando al ruedo. Hay desafortunadamente más erratas y descuidos de los que suele haber en un libro bien curado. Si ya es una proeza publicar cuentos hoy en día, ¿por qué no hacerlo de manera juiciosa y diligente?</p> <p style="text-align: center;">Ignacio Zuleta Lleras</p> <hr/> <p style="text-align: center;">Sentir que es un “soplo” la vida</p> <p style="text-align: center;"><i>La verdad sin calzones</i> <i>Crónica de los submundos</i></p> <p style="text-align: center;">JUAN GUILLERMO VALDERRAMA SANTAMARÍA Instituto Tecnológico Metropolitano (ITM), Medellín, 1.ª ed., 2008, 2.ª ed., 2009, 355 págs.</p> <p>LA PARADOJA subyace en esta extensa crónica testimonial de un ex-drogadicto. La Comunidad Terapéutica Medellín donde el protagonista pasó dos largas temporadas, colindaba con la cárcel de máxima seguridad de Itagüí (“ellos permanecían encarcelados al frente nuestro por vendernos su mercancía, y nosotros reclusos al frente suyo por comprársela”, pág. 14). Gracias al Niño Dios empezó a soplar basuco en el barrio Aranjuez donde aprendió a tallar figuras del pesebre en el taller familiar. Y después de haber tocado fondo tras veinte años de consumo, se convirtió en modelo de La Comunidad.</p> <p>Las razones de su liderazgo natural las encontramos en este libro que tiene la fuerza del testimonio y el mérito de la escritura limpia, espontánea, sin más pretensiones que compartir la experiencia con quienes estén pasando por la misma enfermedad, adictos o familiares. Y habrá sido eficaz esta terapia de escritura porque el libro tuvo dos ediciones del ITM y una nueva, en 2013, de Aguilar. Todo porque sin ser un libro de autoayuda, les ofrece algún consuelo a quienes están inmersos en ese infierno; al menos el autor logró salir y a los 48 años se dedica a dar charlas en los colegios para desestimar la curiosidad de los jóvenes por probar la droga o, si ya lo hicieron, para que piensen en dejarla. Siguió</p>	<p>escribiendo, pero poesía, género que subyace en la eficacia de las imágenes, el ritmo verbal y la contención que administra en cada línea de su texto.</p> <p>Por eso no sorprende que el autor del prólogo sea Jaime Jaramillo Escobar (X-504), director del Taller de Poesía de la Biblioteca Pública Piloto al que asiste Valderrama Santamaría, y que lo animó a escribir este libro, de gran valor por su “franqueza confesional” y su propósito ilustrativo y didáctico.</p> <p>El libro se divide en dos partes. En la primera, Valderrama cuenta su vida en el popular barrio Aranjuez donde se inició en la droga a los catorce años, su ingreso, recaída y retorno a La Comunidad. En la segunda parte ofrece una galería de retratos de sus compañeros y compañeras —que llegaban a la Casa de las Muñecas— y terapistas, tan expresivos y reales que cualquier lector puede identificarse con ellos, aunque no haya habitado jamás en los submundos descritos. Se les palpan las cicatrices, las pocas carnes, los ojos hundidos y el temblor que los caracteriza. Los hay con alma de asesinos y entrañables, como el Torero, que pasó de ser llamado ‘El prodigio de Pereira’ a ‘Basuquillo de América’. Y entre abogados, homosexuales, jaladores de carros, odontólogos, prostitutas, maestros, ingenieros, reos ausentes, etc., la “fauna” del lugar que describe el narrador, llegó un matrimonio de encuadernadores consumado en el vicio; finalmente él, que presumía de ser fumador social, abandonó el tratamiento; mientras ella perseveró para recuperar a sus hijos adolescentes, que estaban limpios. Una de las historias más fuertes.</p> 

Es cuando la crónica de personaje, escrita a ras del suelo (como diría el brasileño Antônio Cândido) alza el vuelo literario.

También queda en la memoria urbana esta indagación en la suerte de tantos hombres y mujeres víctimas del narcotráfico que sentó sus reales en Medellín a finales de los años setenta, cuando el protagonista de la historia empezó sus “vueltas” en las tiendas del barrio para comprarle basucos a los malandros, que luego se convertirían en el ejército de sicarios de la banda de los Priscos, al mando del Patrón en esa zona de Medellín. Así mismo, quedan las huellas de la transformación urbana que produjo el narcotráfico paisa, capaz de convertir sencillas casas de una planta, en un barrio de estrato 3 como Aranjuez, en edificios de dudoso gusto, cuyos vidrios vibraban con las motos y los autos flamantes que circulaban por las ahuecadas calles. Y el cambio de fisonomía llegó también con altares a la Virgen María Auxiliadora, patrona de los sicarios que en el barrio caían como moscas, en razón de tres diarios, por lo que el párroco vio el negocio en una sala de velación al lado de la iglesia.

Por el contrario, sitios como “La Ye”, el expendio de basuco y perico más cotizado de la ciudad quedó borrado del mapa y solo lo recuerda el protagonista de nuestra historia cuando al centro de rehabilitación llega la dueña del lugar, doña Amparo, vestida con traje de noche, maquillada y envuelta en esa fragancia de pachulí que le permitió reconocerla, acompañando a su “hija”, perdida y travestida en la droga.

La verdad sin calzones ofrece otra mirada a la violencia urbana de la ciudad estigmatizada durante las décadas de los ochenta y noventa por su alto índice de homicidios producto del narcotráfico y del sicariato, y que ha sido narrada desde el punto de vista de los victimarios y sus víctimas, mas no desde las vivencias de los drogadictos –al mismo tiempo víctimas y victimarios– habitantes de las profundidades (literalmente, de “las cuevas” de barrio Triste, Niquitao, Guayaquil y Naranja), de quienes poco se han ocupado los cronistas y novelistas. Quizá la crónica más cercana es la titulada *La isla de Morgan* (Editorial Universidad

de Antioquia, 2.^a ed., 2005) de José Alejandro Castaño Hoyos, cuya inmersión en ese antro del vicio le valió el Premio Casa de las Américas. Pero mientras el periodista tiene que asumir la identidad de un habitante de calle durante las horas que se lo permiten sus pulmones, siguiendo la técnica del periodismo gonzo, ‘Juanguí’ lo experimentó en dosis diarias durante veinte años, hasta que reaccionó después de una fiesta en la que se ‘sopló’ mil basucos.

La misma editorial, ITM, publicó el *Diario de un pillo* (2008) de Luis Guillermo Peña Restrepo, basado en los diarios de un sujeto que hizo *casting* para la película de Víctor Gaviria, *Sumas y restas* (2005). El propio Gaviria ya se había adentrado en estos submundos con *El pelaíto que no duró nada* (Planeta, 1991) y Alonso Salazar Jaramillo con *No nacimos pa’ semilla* (Cinep, 1990) sobre menores enganchados al vicio y a la criminalidad.



Si como dice el semiólogo Armando Silva, experto en imaginarios urbanos, las crónicas y reportajes constituyen archivos urbanos para conocer el desarrollo de una ciudad, también funcionan como álbumes de ciudadanos excluidos, marginales, *outsiders* eliminados en operaciones de “limpieza social”, que apenas dejan huella entre los suyos. Las voces de los miembros de La Comunidad recogidas por el autor, y la suya propia, dan prueba de que sí existieron, aunque no hayan sido ciudadanos ejemplares porque hay que medirlos con otra vara moral. Incluso, se presentan metamorfosis asombrosas en algunos de estos personajes, como

el pillo que había perdido la cuenta de sus muertos y tras especializarse en la cárcel, terminó convertido en respetado líder del centro.

En estos tiempos de búsqueda de paz y reconciliación, este libro ofrece casos fehacientes de reinserción social, de perdón, olvido y dignificación sin pasar por el aparato judicial. El primer círculo que tiene que aceptarlos es el familiar, y cuando los pacientes logran superar los nueve meses de la terapia reciben el certificado que los acredita como ciudadanos respetables. Vuelven a vivir en sociedad, pero de cada diez, nueve recaen.

Juan Guillermo Valderrama, que en una entrevista al periódico *El Mundo* en mayo de 2012 contó que había visto morir 29 de los 30 compañeros con quienes compartió en La Comunidad, llevó un diario donde anotaba los rutinas y hechos excepcionales ocurridos en esa finca de “no recreo”, los diálogos, las anécdotas y hasta los chistes de sus compañeros, generalmente crueles. Gracias al registro detallado tenemos un retrato vívido de esa cotidianidad y de los personajes “mitológicos” que atrajeron su atención. De ahí el hiperrealismo de esta crónica, que solo se puede contar desde adentro, y padeciendo cada minuto la ansiedad del adicto en proceso de desintoxicación, cuando tocan fondo. Si no aguantan, vuelven a la calle a consumir droga, alcohol y a pagar prostitutas para que los arropen un poco y les armen los basucos, día y noche, ante el imposible placer sexual.

Valderrama narra con dignidad y elegancia, sin rozar siquiera el melodrama barato, tan común en este tipo de relatos, ni caer en la autocompasión. Como buen aprendiz de la terapia de choque que se aplica en estos centros, revela lo mejor y lo peor de su condición humana, de sus compañeros y terapeutas, tan vulnerables como los recién llegados. Sabiamente administra el suspenso por la recaída que no falta, y aligera la tensión acumulada por tantas historias fallidas con anécdotas teñidas del desopilante humor paisa. A latigazos se describe ‘Juanguí’ al comienzo de su relato autobiográfico: “Pareciera que me hubiera embalsamado un médico de tiempos faraónicos, no con pócimas milagrosas sino con basuco. Se me momificó

el cerebro y preservé inalterada mi inmadurez mental. No pasó igual con mi cuerpo y menos aún con mi rostro, que evidenciaban el paso, no de dos décadas, sino de dos siglos (...) Sin exagerar, en lugar de un humano flaco parecía un esqueleto gordo” (pág. 34). Y si de exagerar se trata, los personajes se ganan un campeonato: “Mi papá era más amarrado que una encomienda para Turbo” (pág. 188), “los paisas a la hora de comprar somos más duros que carne de cabeza; somos capaces de pedirle rebaja hasta a un termómetro” (pág. 195). O las imágenes y los juegos de palabras que le inyectan poesía a las escenas más sórdidas: “Era una especie de templo de metamorfosis en donde los ladrones soñaban con ser buenos, y los buenos con ser bandidos” (pág. 220), refiriéndose al bar El Suave en Guayaquil.

Cortes tragicómicos para no incitar al lector a cortarse la vena con la sobre dosis que contiene cada página. Y es que como dice Jaramillo Escobar, la antigua picaresca antioqueña es aún reconocible en estos relatos, y por eso, entre risas y lágrimas, “puede enviciar a la lectura”.

Parodiando el tango de Gardel y el título del libro de Juan José Hoyos, maestro de cronistas en Medellín, aquí los personajes han visto pasar la vida como un soplo, pero no precisamente poético.

Maryluz Vallejo M.

La novela de un voyeurista

El origen del mundo

GUSTAVO ARANGO

Ediciones B, Grupo Z, México, 2010, 187 págs.

LA RECIENTE novela de Gustavo Arango, *El origen del mundo*, puede considerarse como una novela sobre la creación literaria, es decir, estamos ante literatura sobre la literatura. La incursión en ese género implica un doble riesgo. De un lado, éste se apunta a lectores normalmente más exigentes que el lector medio. Además, y eso es lo más arriesgado, el autor se expone a la

comparación con Borges, de la que casi nadie puede salir bien librado.

En un acto de misericordia, tal vez sea recomendable ahorrarle a Arango la comparación con Borges. También es legítimo pasar por alto la posibilidad de leer su novela dentro de la tradición de la llamada novela de artista ya que, aunque gran parte de la obra gira en torno a un hombre que escribe una novela, en ella falta el motivo clásico del conflicto del artista con la sociedad.

Acaso sea más justo empezar una lectura desde ceros y decir que se trata de una novela sobre un profesor de literatura hispanoamericana y de escritura creativa en una universidad norteamericana que tiene una obsesión erótica y platónica con sus estudiantes mujeres a las que le encanta ver escribiendo.

Una de las características de la novela de Arango es que tiende a partir de elementos que parecen un anuncio de algo que apunta hacia lo sublime y que luego se desinflan en banalidades. El título mismo hace pensar en diversas cosmogonías, y que en realidad se refiere a un cuadro de Courbet, no queda justificado por la historia que se cuenta.

La novela se abre con la imagen de una mujer que empieza a ejecutar una extraña danza en la mitad de una calle, como si hubiera entrado en trance. Al final sabemos que solo estaba tratando de espantar una abeja que la había hecho entrar en un estado de pánico.

La escena solo tiene sentido si logra leerse en clave de caricatura. Lo mismo ocurre con la grandilocuencia que hay en el personaje principal, Máximo Delgado, célibe atormentado por deseos eróticos insatisfechos, digno a ratos de una mala imitación de alguna película de Woody Allen, que se consuela mirando a sus alumnas mientras resuelven los ejercicios que él les pone en la clase de escritura creativa como escribir diez minutos sin parar, desarrollar un texto a partir de una frase como “alguien está sentado” o sacar palabras de una palabra determinada jugando con las letras.

El placer de ver mujeres escribiendo le había sido revelado a Delgado años antes a la escena que da comienzo a la novela por una mujer llamada Aimée, a quien le había dado clases de español y quien le había regalado un argumento para una historia al

contarle un sueño en el que alguien la buscaba para matarla y lo único que tenía para reconocerla eran los trazos de su escritura a mano. Delgado termina poniéndole ejercicios de escritura y al final descubre la satisfacción que le da ese curioso placer voyeurista.

Si la novela de Arango fuera una novela lograda, al lado de una permanente ironía, tendría que tener una permanente tensión erótica. Es difícil sentirla, aunque en algún momento –chiste demasiado evidente para mi gusto– Delgado quiera decir “texto” y termine diciendo “sexo”. En cierto pasaje de la novela se habla de un proyecto para escribir una versión del Quijote en la que Alonso Quijano no se enloquezca por leer libros de caballería, sino por leer literatura pornográfica. La idea, que también suena a Woody Allen, no se desarrolla en ninguna parte (pág. 120).



La historia de la abeja no finaliza en el descubrimiento de que la presunta danza de Regina no es el resultado de alguna posesión extraña –que debería estrellar a Delgado contra la realidad–, sino termina llevándolo a hacer una serie de elucubraciones librescas sobre las abejas y la sexualidad femenina. “Virgilio –escribe– vivió en tiempos en que se creía que las abejas eran asexuadas y les dio una explicación moral a los ataques. Aristóteles decía que las mujeres, después de estar con un hombre, emanaban un olor almizclado que atraía y excitaba a las abejas” (pág. 78).

El desenlace de esa escena apunta a una posible caricatura de un erudito, incapaz de aproximarse a las mujeres que desea, lo que lo lleva a resignarse al voyeurismo y a las especulaciones librescas. Sin embargo, la tensión entre esos dos mundos es algo que solo se explota a medias. Además, hay muchas